

GIRO VISUAL

Fernando R. de la Flor

EDITORIAL



DELIRIO

GIRO VISUAL

Director de la colección La Bolgia

Fernando R. de la Flor

Consejo Editorial

Túa Blesa

Fernando Broncano

Luis Canseco

Amelia Gamoneda

Manuel Lucena

Felipe Núñez

Manuel Ambrosio Sánchez

Pedro Serra

Paolo Tanganelli

GIRO VISUAL

Primacía de la imagen y declive de la lecto-escritura en la cultura postmoderna

FERNANDO R. DE LA FLOR



Colección La Bolgia, 2

Primera edición: septiembre 2009

GIROVISUAL. Primacía de la imagen y declive de la lecto-escritura en la cultura posmoderna

Colección La Bolgia, 2

© 2009, Fernando R. de la Flor

© 2009, EDITORIAL DELIRIO S.L.

Carretera de Fregeneda, 16-30, Portal 1 3ºA

37008 SALAMANCA

www.delirio.es / info@delirio.es

Diseño de la colección: F.R.F

Impreso en EUROPA Artes Gráficas, Salamanca, España.

ISBN: 978-84-936877-6-2

Depósito Legal:

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

ÍNDICE

9	PRELIMINAR
13	NUEVAS CONDICIONES
15	VISUAL TURN
39	HUMANISMO DE LA IMAGEN
49	PATHOSFORMEL: FÓRMULAS PATÉTICAS
59	OFENSIVA VISUAL
69	CAMPO DE HUMANIDADES
75	RUPTURA DEL ANTIGUO ORDEN DISCIPLINAR
87	GIRO VISUAL VS. GIRO LINGÜÍSTICO
105	FINAL

PRELIMINAR

Este pequeño ensayo tiene la voluntad de situarse en un intersticio; en una falla que separa dos sistemas de representación y en propiedad dos mundos: el de lo legible en que se desenvuelve el lenguaje y aquél otro de lo visible que determina la existencia de la imagen.

Aspira así a poder sintetizar la problemática del cambio decisivo que, en lo que era la antigua estabilidad y primacía pactada de las relaciones entre aquellos dos regímenes de lo intelectual, hoy se produce. Pues no se puede dudar que la autoridad concedida al *logos* está transitando en la actualidad hacia la órbita toda de la *imago*, contribuyendo a la separación de ambas instancias, que acaso sólo quedan prometidas para una nueva, inédita confluencia en el espacio virtual, en el *cibermundo*. Las propias palabras ceden ya el paso a las imágenes, que ahora mismo parecen más seductoras que nunca a los ojos de esa categoría nueva de sujeto advenido en la sociedad de masas: el espectador. Mientras, las formaciones de saber, institucionalizadas o no, se ven también afectadas por tales hechos y cambian la relación de sus fuerzas y su propio posicionamiento de campo. Asunto éste que abordaremos de modo particular, con la intención de entroncar de algún modo con las preocupaciones que ha sembrado en este 2009 la aplicación reorganizativa de los estudios en el mundo universitario europeo procedente de los acuerdos de Bolonia y la hipotética nueva situación a que se verán conducidas las «Humanidades».

Es el hecho que, situados en el seno mismo de tal revolución vital y también de tal modificación epistémica, el vértigo ante la dimensión que comienzan a cobrar las transformaciones no puede evitar saludar a lo que viene, mientras se siente también la nostalgia de un bien, más simple, perdido. Aquél que se satisfacía con la lecto-escritura y en ella hallaba el cumplimiento de un ideal de (auto)conocimiento y conocimiento a la vez también del mundo. Frente al espacio reflexivo y sereno que delimita, y a lo que siempre remite, lo textual, dotado de su propio tiempo interior de consumo y realización, es preciso destacar ahora la velocidad y la inestabilidad con que se manifiesta la imagen, y su consiguiente efecto en la constitución de un sujeto desbordado ampliamente en la capacidad finita de su cultura subjetiva o «espiritual».

La turbulencia y el desasosiego que se experimenta en el interior del *maelstrom* epocal, y la angustia generada por el cambio de régimen en la propia experiencia de vida o dentro de las formaciones de saber que encuadran y determinan la lectura de mundo de los sujetos, acaso encuentren un emblema histórico cuya sombra aleccionadora pueda proyectarse sobre este escrito. Y si lo tienen, bajo él, en su evocación y ejemplo, deseo, en efecto, situar esta exploración.

Sea pues enderezada esta dedicatoria expresa a la figura de Aby Warburg, el más profundo de los «lectores» de imágenes nunca conocido.

En efecto, el fundador de la iconología hizo pasar por su cuerpo y sometió a su propia experiencia de vida una intensa pasión por las imágenes. Hasta incluso encontrar una prolongación sin solución de continuidad entre las más antiguas y auráticas de éstas en Occidente y los rituales de gestualidad practicados por los indios *Pueblo*. Quiero decir con esto que aquel estudioso percibió la imagen no como ausencia, sino, al modo hermético, como *figura* velada que se ofrece a una restitución de su

ser y de su identidad real y material en el cauce de lo que es la propia vida y la realidad histórica. Aquélla, la imagen, aun viniendo del pasado y de lo perdido, se manifiesta en lo actual radical y siempre en cuanto (una forma de) *presencia*, que recibe toda densidad de la mirada que se la dirige.

Pero he aquí que aquel mismo hombre que pretendió recopilar el *bilderatlas* del mundo, durante una época larga y dolorosa, sintió cómo el polo del lenguaje y de la escritura misma se desestructuraba ante sus ojos; literalmente se derruía, girando hacia el lado temible de la afasia y de la agnosia, que llegó incluso a impedirle reconocer con claridad los signos que había aprendido a trazar en la escuela, el primero de los trabajos que el «mono gramático» debe incorporar a su acervo. Son los años de su estancia en la clínica psiquiátrica de Bellevue en Kreuzlingen. En ellos, Aby Warburg desarrolla una voluntad de permanecer en la escritura, aun cuando todo parecía conducirlo a su deconstrucción completa, a la dispersión y aniquilamiento de este primer sistema simbólico. Los cuadernos del fundador de una «ciencia de las imágenes» —quien estaba golpeado en aquellos momentos por la enormidad trágica de la «Guerra del 14»— testimonian qué recursos ingentes y qué sobreesfuerzos de energía hubo que poner en juego para no perder la capacidad discursiva, el fundamento en el *logos*, en el momento mismo en el que sobre la superficie convulsa de la escritura una fuerza desconocida fragmentaba y disgregaba sus palabras, dejando en las páginas las huellas visibles del drama *squizo* en que había caído el iconólogo.

El hombre que mejor supo reunir en todo su siglo el saber de los textos unido al conocimiento íntimo y pático de las imágenes (de lo cual hizo además método de estudio y sistema), no pudo finalmente soldar los dos campos y hacer que convivieran armoniosamente en su espíritu, repartiéndose la labor de sus días sobre la tierra. Aby Warburg se convirtió

así en la víctima ejemplar y propiciatoria de la desregularización expansiva de la *iconosfera*.

Tal vez solamente mediante la constitución de su gran imago-biblioteca de Londres, el Warburg Institute, y siempre bajo la protección de la musa *Mnemosyne*, aquel maestro alcanzó a ofrecer a la posteridad para la que trabajaba una imagen integrada y una síntesis final, coherente y «serena», de las representaciones del mundo que hasta entonces había generado la humanidad en su deambular por la historia. Cosmos en el que, finalmente, las palabras y las imágenes, efectivamente, se cruzan componiendo el archivo más completo de la cultura humanista tal y como la hemos conocido.

Ello alimenta en nosotros, los que nos consideramos sus deudores, la esperanza de poder seguir componiendo el edificio equilibrado, interiormente armónico, de un saber propiamente *iconológico*, donde el fulgor de las imágenes pueda ser reconducido al orden de un *logos*.

Quien no ama la imagen es injusto con la verdad

Filóstrato

NUEVAS CONDICIONES, metamorfosis singulares que afectan hoy a la experiencia de mundo suponen en realidad una invitación fuerte a la tarea de pensar sin dramatismo en aquellas dinámicas que, alterando la superficie de los acontecimientos y modificando los mundos de la vida, al final acaban por determinar también una nueva fisonomía de los distintos campos de saber, que ya no pueden ser más lo que fueron.

Entre los posibles universos comprometidos, las todavía así llamadas «disciplinas humanísticas» parecen las más sensibles a los procesos de aceleración temporal a que están siendo sometidas en la actualidad todas las estructuras que hunden sus raíces demasiado profundamente y se reclaman por ello herencias intocables de viejos buenos pasados. De aquellas «lecturas de antiguo régimen», que tenían por objetivo la cobertura simbólica del dominio de la praxis y la tarea también de promover una imagen y un sentido de ese mismo espacio en cada momento y a cada época histórica, instruyendo en unos modelos precisos de habitarlo, puede decirse con justicia que ya son «cosa de otros días».

La reconfiguración hoy en marcha a todos los niveles (de los que el más visible es el que afecta al sistema de enseñanza) aparece forzada por una conciencia autodeterminada a ampliar las fracturas producidas en los antiguos metarrelatos serenos y protectores. Y tal hecho lleva implícita

también la ansiedad que acarrea para los colectivos la urgente necesidad de reorientar sus concepciones de mundo y aprehender lo que son las condiciones y nuevas circunstancias de acceso a un saber, que, entretanto, ha transformado su propio objeto y que ha cambiado además su posición en el espacio de la cultura valiosa.

Pero, enseguida, para cortar el paso al temor que toda modificación de estructuras acarrea, diríamos que aquel proceso de transmutación debe estar presidido por la superior comprensión de que, en realidad, lo que se logra a través de los grandes cambios de paradigma y las desestabilizaciones que aquellos traen consigo no es otra cosa que ingresar colectivamente en estadios más complejos y sofisticados de entendimiento y dominio de aquel mismo mundo y de lo que puede ser la ubicación en él.

Entonces, aun en medio de avatares que parecen acabar con lo firme, la reinstalación en el mundo y la adaptación al *novum* de él, a lo nuevo, que de continuo se produce¹, no ha dejado de ser el horizonte hacia el que todo apunta, sin que podamos decir que el desánimo o la explícita rebeldía haya podido hacer fracasar este propósito en su triunfal avance por la historia. No cabe duda, es una lógica que pese a todo podemos calificar como de constante progreso la que mueve el momento en que vivimos, y es en aras de eso mismo que constelaciones antiguas, órdenes viejos, situaciones antes estabilizadas se vuelven inoperantes ante nuestros ojos forzándonos a superar la brecha o fractura que se abre entre aquéllas y lo que son ahora nuevas complejidades.

1 Sobre lo que es la búsqueda obsesiva de la «novedad» en cuanto que ello constituye la verdadera lógica y *ultima ratio* de la cultura capitalista, véase Borys Groys, *Sobre lo nuevo. Ensayo de una economía cultural*. Valencia, Pre-Textos, 2005.